



Por
M. Campa

APROPIACION POR ENFRIAMIENTO

Recientemente ha habido una llovera general de cronistas de la villa porque, de repente, no sé quién cayó en la cuenta de que, imperceptiblemente, habían cambiado la orientación de la urbe hasta dejarla de espaldas al mar y, como quien dice, mirando a León, ciudad hermana. Algún desinterés colectivo se dio en este asunto, cuando nadie se acordó del cerro Sta. Catalina o de la zona de Rosario Acuña, miradores naturales frente al mar, hasta que el primero fue cercado.

Pero el volver la ciudad de espaldas al mar fue, sobre todo, una estrategia especuladora sabiamente llevada a cabo y, ahora, obstaculizada por la «impertinencia» de algunos informadores. Es muy posible que esa táctica a la que aludo haya sido seguida casi inconscientemente, pues es tan practicada y antigua que forma ya como una segunda naturaleza en algunas personas. El origen histórico de esa forma de estrategia me es desconocido —tal vez sea bélico—, por lo que me referiré a mi experiencia personal exclusivamente.

Poco después de haber recomendado el Concilio Vaticano II que se hiciera un uso moderado de las imágenes, el señor Cura de mi aldea natal procedió a retirar de los altares la mayor parte de los «Santos» que habían sido de veneración secular por parte de la gente. Al cabo de unos años, cuando las imágenes —algunas de reconocida antigüedad y valor artísticos— parecían olvidadas de los fieles, llegó al pueblo un camarilero que había trocado su antiguo oficio de «ferreiro» por el más «in» de «librecambista de imágenes» y las viejas estatuas sagradas fueron desapareciendo paulatinamente de la aldea y con ellas una parte de la sencilla fe religiosa de unos campesinos. Uno quisiera poder decir ahora que el citado sacerdote era una carca irredento. Pero —¿qué se va hacer?—, el viejo cura de la aldea había fallecido poco antes tras una vida ejemplar en medio del máximo respeto y la veneración de sus feligreses, y eso a pesar de que el buen hombre ya chocheaba en sus últimos años, llegando a negar desde el púlpito que los americanos hubieran llegado a la Luna, cosa —decía él— «imposible de por sí».

En fin, que esa enajenación de imágenes no sucedió en presencia de un viejo cura conservador, sino en la de un cura «ye-yé».

Los muelles viejos de «Manhattan» fueron también «dejados enfriar» durante largos años. Su aspecto actual es asqueroso, vergonzante. No sólo se procuró que la gente se olvidara de ellos, sino que se potenciaron las cloacas y desagües que allí desembocan, tal vez para que perdieran hasta la belleza y dignidad que les confiere su historia. Está acción se ha prolongado hasta la misma playa con las aguas fecales de unos chalets que están sobre el Rinconín, por si fuera poco la increíble contaminación del Piles.

Pero aquí, cuando llegaron los camarileros para alzarse con el succulento bocado de los muelles locales —a la cotización actual del metro cuadrado, cerca de dos millones de pesetas—, surgió la prensa inoportuna. Pablo Morán acaba de pronosticar en la «Hoja del Lunes» —seguramente cargado de razón— que los especuladores —¿lobos o perros salvajes?— no han desistido del intento de apropiación y que reaparecerán con distintos collares tras otro «enfriamiento» prudencial de los viejos muelles.

Sabía táctica ésta del «enfriamiento», que permite a los especuladores conservar «comestible» el viejo puerto hasta cuando llegue una ocasión favorable para el festín. Nuestra local economía política «de cajón» ha conseguido ya los prodigios que buscan los biólogos mediante la hibernación de los cuerpos humanos, para ponerlos en circulación en el momento oportuno.

PESCA CON NASA

Nada produce más regocijo en algunos círculos depredadores de nuestra villa que las alusiones a los desmanes urbanísticos comelidos en los últimos años. Y no sólo provocan alegría las protestas «a posteriori» por tanto abuso, sino incluso gratitud en quienes debieran lógicamente sentirse más molestos por tales recuerdos. Y, bien pensado, es lógico que así sea. Las Irregularida-

des masivas en la edificación de la villa pueden decirse que han llegado a su fin. En este terreno sólo aparecerán, de vez en cuando, edificios «singulares», empujados por fuerzas cósmicas Incomensurables. En la calle Toreno y en la calle Corrida tendremos nuevas torres de «Colón» —nunca mejor nombrada una torre, por lo del famoso huevo—. Pero la mayor felicidad de esos círculos es que los Informadores demos «los gritos» en esa parte, mientras ellos hacen como la urraca de la Pampa: poner sus reales ya en otro lugar, ahora mismo en los aparcamientos subterráneos, que nos son presentados como «el ecuménico de los beligerantes, el leal de la romana de Sastrea» —que decía Belarmino. Porque en el terreno «urbanístico» no hay respuesta ni enfados, dado que casi todo se ha ventilado ya. Presentan, en cambio, argumentos maniqueos para justificar los próximos abusos que ya están a la vista. Ya Nietzsche caracterizó el maniqueísmo como forma de argumentar típicamente burguesa. Se trata de concluir de la necesidad de aparcamientos la más alroz especulación en torno a éstos; de la necesidad del progreso industrial la resignación del pueblo llano a morir contaminado. Pero ni la necesidad de aparcamientos subterráneos puede justificar su concesión en forma de monopolio al capital privado cuando se impide aparcar en otra parte, ni la industrialización implica necesariamente que se permitan en la mayor impunidad todos los imaginables alentados contra el medio ambiente. Es el mismo esquema maniqueo de quienes sostenían —con gran éxito por cierto— que el desorden total urbanístico era el precio del progreso de la ciudad.

El aparcamiento subterráneo es, tal vez, indispensable, pero en ningún caso debe ir seguido de una persecución a ultranza de los estacionamientos posibles en las calles. La pesca de truchas con nasa está justamente prohibida. Debe dejarse al pez-conductor la posibilidad de no «picar»; otra cosa sería —es— una forma de «pesca» innoble.

C11 19-10-1974 + XX